



Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

Recogerse y reconocerse en Dios

Serena tu cuerpo y a través busca el centro íntimo de tu ser, poco a poco, dejando a un lado las preocupaciones, los recuerdos, las ideas que te asalten desde tu interior. Ayúdate de la respiración y de la repetición de la frase:
Aquí estoy, sin más, ante ti.

Me canso de sufrir y digo: ¡basta!
Apelo a un tribunal que se demora.
En el banquillo espero hora tras hora
con un anhelo vivo que me gasta.

Llega la sombra de la noche hasta
que me ennegrece entera. Evapora
mi silueta encogida y rezadora
que en otro Pecho su gemido engasta.

Ningunos ojos mi llorar socorren.
La Justicia y la Fe me desamparan.
Nadie viene a medir mi desconsuelo.

Las lágrimas me queman, me recorren.
De pronto las cortinas se separan.
Dios se asoma. ¡Me alarga su pañuelo!...



Lee este texto y vuelve a repetir la frase anterior
dejándote iluminar por él:

*Vivir una vida espiritual significa llevar todo mi ser
a la morada que le pertenece. Mi tarea espiritual verdadera
consiste en dejarme ser amado, plena y completamente,
y creer que en este amor llegaré al cumplimiento de mi vocación.
Intentar cada día llevar mi ser errante, inquieto y ansioso
a su hogar para que pueda descansar en el abrazo del Amor.*
(H. Nouwen)

Las dos primeras poesías pertenecen a Ernestina de Champourcin, la tercera es de Miguel de Unamuno, la cuarta de León Felipe y la última de Sagrario Torres. Las pinturas son de Berna López.

Continúa tu oración
con alguna de estas poesías

1.

Elige una de ellas
y léela despacio pero seguida.

Luego vuelve a ella y detente en cada frase
dejando que abra su significado para ti.
(date tiempo, no hay prisa)

2.

Deja que las pinturas ensanchen
tu diálogo con el Señor.

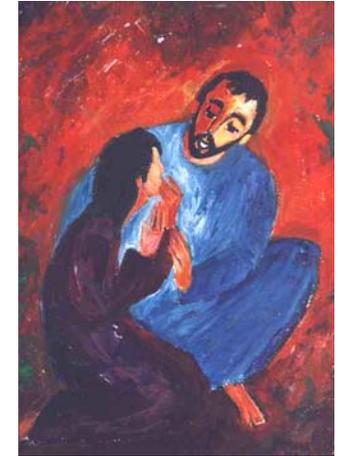
3.

Ahora intenta aprender de memoria
la poesía poco a poco, a base de repeticiones,
con el corazón apuntando hacia Dios.



No sé cómo me llamo...
Tú lo sabes, Señor.
Tú conoces el nombre
que hay en Tu corazón
y es solamente mío;
el nombre que Tu amor
me dará para siempre
si respondo a Tu voz.
Pronuncia esa palabra
de júbilo o dolor...
¡Llámame por el nombre
que me diste, Señor!

Porque es tarde, Dios mío,
porque anochece ya
y se nubla el camino;
porque temo perder
las huellas que he seguido,
no me dejes tan sola
y quédate conmigo.



Porque he sido rebelde
y he buscado el peligro,
y escudriñé curiosa
las cumbres y el abismo,
perdóname, Señor,
y quédate conmigo.

Porque ardo en sed de Ti
y en hambre de tu trigo,
ven, siéntate a mi mesa;
bendice el pan y el vino.
¡Qué aprisa cae la tarde!...
¡Quédate al fin conmigo!



Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
yo he crecido, a mi pesar.

Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad;
vuélveme a la edad aquella
en que vivir es soñar.